

embargo para poder campar era preciso no encerrarse en sus muros por mucho tiempo: con esta idea resolvió Saint-Cyr seguir aprovechando sus ventajas, persiguiendo por todas partes al ejército español; y aniquilarle completamente para poner luego sitio una tras otra á todas las plazas fuertes de la provincia. Dejó descansar á sus soldados los días 18 y 19 de diciembre, y el 20 salió de Barcelona encaminándose hacia el Llobregat.

No creía perjudicial, mientras gozaban sus tropas de aquel descanso para irse cómodamente reuniendo, que tuviesen también los españoles tiempo de concentrarse en el campamento que con tanta prolijidad habían estado formando en el Llobregat, á pocas leguas de Barcelona. Tanto como conviene tratar de dividir á un enemigo formidable, es prudente por el contrario tratar de buscar todo junto en masa á un enemigo más diestro en la dispersión que en el combate para destruirle en una sola función. Salió, pues, el general Saint-Cyr con su cuerpo de ejército y una de las dos divisiones de Duhesme, que fué la de Chabrán, dejando encomendada á la otra del mando de Lechi la custodia de Barcelona, puesto que tenía de sobra con unos veinte mil combatientes para arrollar cuántos obstáculos se le opusieran al paso.

Llegó el 20 de noche á vista del Llobregat, cuya corriente tomó desde Molins de Rey hasta San Felú. Estaban allí los españoles en número de treinta y tantos mil hombres, con poderosa artillería, ocupando un monte alto y guarecidos por el Llobregat, sólo vadeable por algunos puntos. Tenían el puente de Molins de Rey, por donde pasa la carretera de Barcelona á Valencia, bien defendido con obras de difícil acceso. El enemigo en suma hubiera podido conceptuarse en semejante posición seguro, si hubiese tenido buena tropa.

Para tomarla desplegó el general Saint-Cyr aquel arte que le distinguía como uno de los primeros tácticos de su época. Apostó la división de Chabrán en la mañana del 21 de diciembre frente á Molins de Rey, mandándole alzar una batería como si por allí hubiera de operarse formalmente y sin perdonar medio de hacer creer á los españoles que aquel iba á ser el verdadero punto de ataque. Mandóle en seguida que en cuanto viese que las otras columnas habían pasado el Llobregat por la parte inferior, acometiese impetuosamente el puente, le tomase y se situase en el camino de Valencia que caía precisamente á la espalda del enemigo. Mientras así disponía la división de Chabrán, llevó por la izquierda á la parte inferior de la corriente la división de Pino, con orden de pasar el Llobregat por el vado de Llores, y aún más abajo la división Souham, mandándole pasarle por el vado de San Juan Despí. Una vez pasado el Llobregat debían las dos divisiones envolver la posición de los españoles, arremeter con ellos impetuosamente y tomarla. Este movimiento había de repeler forzosamente al enemigo sobre la división de Chabrán, si ésta cumplía con sus instrucciones; de manera que serían muy pocos los que se salvaran.

Cumplióse fielmente, aunque sólo en parte, las disposiciones tomadas por Saint-Cyr. El general Chabrán fingió perfectamente el ataque prescrito contra Molins de Rey; las divisiones de Pino y Souham pasaron con felicidad el Llobregat por los dos puntos indicados, con lo que se pusieron al pie de las posiciones

que ocupaba el enemigo en disposición de envolverlas. Después de llegar frente á dichas posiciones, las asaltaron con serenidad, sufriendo un fuego certero que probaba que los españoles habían adquirido ya alguna instrucción. En el momento de ir á cerrar con ellos, su segunda línea pasó en columna por los intervalos de la primera, verificando esta maniobra con asaz precisión y dando muestras de querernos contener; pero se rompió al aspecto de nuestras bayonetas, y las reservas españolas, que hicieron fuego sin esperar á que hubiese evacuado el campo, la causaron tanto daño como á nosotros mismos. Dispersóse entonces toda aquella masa desordenadamente, abandonando artillería y almacenes y arrojando fusiles y mochillas. Si en aquel instante, cumpliendo el general Chabrán con sus instrucciones, hubiese tomado á Molins de Rey á tiempo por medio de un ataque formal después del ataque simulado y colocándose á espaldas de los españoles, no se hubiera salvado uno solo. Tomó en verdad la posición el general Chabrán, pero fué demasiado tarde para que su presencia en el camino de Valencia produjese el fin apetecido. No obstante, fué esta acción para los españoles una nueva y espantosa derrota, y á nosotros nos valió cincuenta piezas de artillería, un número inmenso de fusiles arrojados en la huida y unos mil doscientos ó mil quinientos prisioneros cogidos por la caballería. Hallábase entre ellos el general español Caldagués. La dispersión del enemigo fué completa, lo mismo que en Tudela y Espinosa.

De todo el ejército del general Vives allegáronse solamente unos quince mil hombres en Tarragona sin fuerza moral. Desde entonces quedó el general Saint-Cyr por dueño del campo en Cataluña, y no había obstáculo que le impidiera recorrerlo en todos sentidos para emprender los sitios que le conviniese. Ya nada podía intentar la sojuzgada Barcelona.

Una plaza fuerte rendida por medio de un asedio regular, una marcha de las más atrevidas y dificultosas por un país enemigo, dos batallas ganadas, un ascendiente decisivo adquirido para nuestras armas; tales eran los resultados que había logrado el ejército del general Saint-Cyr desde el 6 de noviembre al 21 de diciembre, y que seguramente podían compensar el retraso que á este entendido general se le había echado en cara. Hubiera podido en verdad obrar con más rapidez, pero no con mejor éxito.

Eran, pues, los franceses en la segunda mitad del mes de diciembre enteramente dueños de sus movimientos en Cataluña, ocupábanse en Aragón en preparar el asedio de Zaragoza, y estaban enseñoreados de Asturias y Castilla la Vieja por medio del mariscal Soult, de Madrid y Castilla la Nueva por el grueso de su ejército, y enviaban patrullas de caballería por la Mancha hasta Sierra Morena. Con un solo paso que diesen podían invadir el Mediodía de la Península; pero quería antes Napoleón tener á su disposición los cuerpos que esperaba, bien para coger á los ingleses por detrás si se empeñaban hacia el Norte, ó bien para abrirse camino al Mediodía si se retiraban hacia Portugal: alternativa muy posible, y que podía esperarse según las noticias contradictorias suministradas por los desertores y prisioneros.

Pero llegaban los cuerpos de marcha en el momento

mismo en que veía consumarse Cataluña los felices acontecimientos que acabamos de narrar, y ya datos más circunstanciados iban despejando nuestra actual situación. El mariscal Ney había entrado en Madrid con las divisiones Marchand y Lagrange (nombrada ésta ahora de Maurice Mathieu de resultas de la herida del general Lagrange). La división de Dessoles que por espacio de algunos días había quedado atrás para pacificar la provincia de Guadalajara, había dejado en ella el 55 de línea con una buena porción de dragones, y entraba en Madrid en pos del sexto cuerpo. El mariscal Lefebvre, alcanzado como dejamos dicho por la división polaca de Valence, había bajado del Guadarrama al Escorial, y luego había sido enviado á Talavera, precedido por la caballería ligera de Lassalle y los dragones de Milhaud, que componían un total de setenta y cinco mil combatientes capaces de entrar inmediatamente en función: podía por lo tanto descargar donde quisiera un golpe decisivo. Seguían á estas fuerzas la división de Delaborde, alojada ya en Burgos; la división Loison, que iba detrás de ella; los dragones de Lorge, situados más allá de Burgos; los dragones de Millet, acampados á la parte opuesta, y por último el mariscal Soult, que regresaba de Asturias al reino de León con las divisiones de Merle y Mermet y un destacamento de caballería. Esperaba Napoleón á cada instante noticias fidedignas de los ingleses para tomar definitivamente un partido con ellos.

No más afortunado que él en cuanto á noticias el general Moore, en un país cuyos habitantes no querían descubrir nada á los franceses por odio ni á los ingleses por su instintiva repugnancia á todo extranjero, aún á sus mismos auxiliares, había adoptado después de muchas vacilaciones su plan de campaña. Alarmado por su situación en medio de los ejércitos franceses, y descontento de sus aliados á quienes había creído en un principio dispuestos con ardor y entusiasmo á secundarle, y encontraba ahora abatidos, consternados é interesados hasta el punto de no facilitarle cosa alguna no siendo á peso de oro, había querido retirarse, y lo hubiera verificado á no estorbárselo con sus sentidas súplicas la junta central refugiada en Sevilla, y á no haber el ministro británico Mr. Frere corroborado las instancias de aquella con imperiosas intimaciones (1). El juicioso Moore, á quien vimos ya abandonar su línea de comunicación con Portugal para formarse otra nueva con Galicia, y encaminarse al Duero para reunirse con sir David Baird, acababa de agregar á esta resolución otra medida: decidió dirigirse á Valladolid para dar aún más apariencia á su intento de cortar las comunicaciones de los franceses, y poder coadyuvar de alguna manera á la causa de los españoles sin comprometer su incorporación con David Baird ni su retirada á la Coruña. Tomada esta resolución, emprendió el general inglés su marcha de Salamanca á Valladolid, mandando á sir David Baird que fuese á reunirse con él por Benavente; mas no bien empezó su movimiento cuando, habiendo los españoles muerto á un oficial francés que llevaba al mariscal Soult órdenes del emperador y vendido por unos cuantos luises á la caballería inglesa los

partes que le habían encontrado, supo que el mariscal Soult pasaba de Asturias al reino de León, y que iba á hallarse en éste con fuerzas inferiores á las del ejército británico; puesto que en el pliego interceptado se expresaba que el mariscal sólo tenía á la sazón dos divisiones de infantería, que juntas con la caballería no podían componer arriba de quince mil combatientes, mientras los ingleses debían contar con veintinueve ó treinta mil después de la anexión de sir David Baird al cuerpo principal.

En esta situación, aunque el general Moore hubiera debido desear un encuentro en vez de evitarle, resolvió, sin embargo, acelerando su anexión con sir David Baird, verificarla más atrás de lo que al principio había determinado, y efectuarla, no ya hacia Valladolid, sino por Toro sobre Benavente, adonde había llamado al expresado Baird. Ejecutado este movimiento según lo había concebido, llegó el 18 á Castronuevo y sir David Baird á Benavente. El 20 de diciembre estaban los dos reunidos en Mayorga con cerca de veintinueve mil hombres: veinticuatro mil infantes, tres mil jinetes, dos mil artilleros y cincuenta piezas; ejército excelente, acostumbrado ya en Portugal á habérselas con los franceses. Apresuróse el general Moore á escribir al marqués de la Romana, que acababa de dejar á León con las reliquias del ejército de Blake en demanda de un asilo en Galicia, que no le dejase solo ante los franceses, con quienes iba á venir á las manos. La Romana, que á la sazón se hallaba encumbrado al cargo de generalísimo español y comandante especial de los ejércitos de Castilla la Vieja, León, Asturias y Galicia, había allegado unos veinte mil hombres en un estado de completa desnudez é incapaces de presentarse al enemigo, como ellos mismos conocían y aun deseaban. Conducíalos el marqués por este motivo á Galicia, por León y Astorga, donde esperaba reorganizarlas al abrigo de las montañas: protección que el invierno hacía más eficaz. Pero alarmábase el general Moore, no precisamente de que le faltase ese apoyo, sino de pensar que aquellas maltratadas tropas iban á estorbarle los caminos de Galicia, única línea de retirada que le quedaba al ejército inglés, y á fuerza de instancias consiguió que regresase á León. Retrocedió, en efecto, la Romana con unos diez mil hombres, los menos desprovistos y desorganizados de aquel ejército de Blake que había hecho esperar tantas maravillas. Por último envió también el general español una vanguardia de cinco á seis mil hombres á Mansilla, orillas del Esla.

Reunido el general Moore con su lugarteniente sir David Baird, y contando con unos veintinueve mil hombres de buenas tropas y cerca de diez mil españoles, útiles por lo menos como tropas ligeras, empezó á avanzar á pasos cautelosos hacia el mariscal Soult, deseando y temiendo á un mismo tiempo dar con él: deseándolo cuando pensaba en las escasas fuerzas que el francés llevaba, y temiéndolo cuando reflexionaba en las numerosas huestes francesas diseminadas por España y en la rapidez con que sabía Napoleón moverlas. Encaminóse el 21 á Sahagún, donde el general Paget inutilizó unos cuantos hombres á un destacamento de dragones de Lorge.

El 19 de diciembre supo Napoleón de una manera positiva por unos desertores del cuerpo de Dupont que el ejército inglés, en número, según éstos decían, de

(1) Los partes de John Moore publicados por su familia excluyen toda duda acerca de estos puntos. (N. del A.)

quince á veinte mil hombres, había dejado á Salamanca para trasladarse á Valladolid. Llegaronle asimismo informes de la caballería de haber sido capturado cerca de Segovia algunos ingleses pertenecientes probablemente al cuerpo del mando de Hope que había tenido que hacer tantos rodeos para reunirse con el general Moore en Salamanca. Sabía además Napoleón con toda certeza que otro cuerpo había pasado por la Coruña á Astorga. Debía, pues, naturalmente suponer que el ejército inglés ascendiese á unos treinta mil hombres, y le costó al principio algún trabajo explicarse sus movimientos, porque hasta entonces le había juzgado más propenso á refugiarse en Portugal que á querer perseguir á los franceses. Mas conoció pronto lo que de cierto había, deduciendo de su marcha hacia el Norte que trataba de cambiar su línea de retirada situándola en el camino de la Coruña; y al momento tomó su resolución con aquella prontitud y perspicacia que no le abandonaban un punto.

Lejos de alarmarse por la eventualidad de hallar á los ingleses en su línea de operaciones, deseaba verlos empeñados en ella más aún de lo que estaban para situarse á sus espaldas. Mandó al mariscal Soult y á todos los cuerpos que iban marchando sobre Burgos ó habían ya pasado más allá, tales como la división de Delaborde del cuerpo de Junot y los dragones de Lorge, que se concentrasen entre Carrión y Palencia, y se ocuparan, no ya en seguir adelante, sino en irse juntando, porque prefería atraer á los ingleses á repelerlos. Pensó él por su parte verificar con toda rapidez un movimiento retrógrado y pasar el Guadarrama entre el Escorial y Segovia, es decir, por la derecha de Madrid, y caer sobre el flanco de los ingleses si felizmente se internaban ellos bastante en Castilla la Vieja en busca de Soult. Si era cierto, como se aseguraba, que habían estado en Valladolid, bien se podía, avanzando súbitamente por el Escorial sobre Villacastín, Arévalo y Tordesillas, envolverlos y hacerlos á todos prisioneros; pero era preciso tomar esta dirección velocísimamente, y aprovechar el tiempo, que aún en los contornos de Madrid era excelente, para llevar á cabo esa marcha decisiva.

Después de recibir los informes del 19 de diciembre, mandó Napoleón á Ney que se pusiese en marcha el 20 con dos divisiones que, además de la ventaja de llevar á este entendido mariscal á su frente, eran de las mejores del grande ejército. Debían incorporarse en el camino los dragones de Lahoussaye que iban á marchar á su encuentro por Ávila. La división de Dessoles y la de Lapisse, ésta sacada del cuerpo del mariscal Víctor, debían también seguirle con toda la prontitud compatible con su actual acantonamiento fuera de Madrid.

Caso de confirmarse los informes todavía inciertos por los cuales se había resuelto tan considerable movimiento, proponíase Napoleón ponerse en camino con toda la guardia imperial de caballería é infantería y con una imponente reserva de artillería, para reunirse con el mariscal Ney y derrotar á los ingleses si hacían cara. Llevaba él, pues, unos cuarenta mil hombres; el mariscal Soult podía llevar unos veinte mil; no era necesario tanto en verdad para aniquilar á los ingleses y hacerlos todos prisioneros maniobrando con acierto.

Confirió Napoleón al mariscal Víctor el encargo de custodiar á Madrid y Aranjuez con las divisiones de

Ruffin y Villatte, y además la división alemana de Leval, que no había llevado consigo el mariscal Lefebvre á Talavera. Agrególe además la división de dragones de Latour-Maubourg, que era la más numerosa de todo el ejército. Al mariscal Lefebvre, que tenía en Talavera la soberbia división francesa de Sebastiani, una excelente división polaca, la caballería de Lassalle y los dragones de Milhaud, es decir, diez mil infantes y cuatro mil arrogantes jinetes, le mandó salir de aquella ciudad, donde ya se había proporcionado el descanso suficiente, para que acudiese prontamente al puente de Almaraz situado en el Tajo, se lo quitase al ejército de Extremadura, al cual había de repeler hasta más allá de Trujillo, ahuyentándole así para mucho tiempo, y después desapareciese por su derecha para encaminarse hacia la carretera de Ciudad Rodrigo por Palencia. Posible era, en efecto, que si los ingleses, batidos pero no envueltos, tomaban para su retirada el camino de Portugal, se lograra cortársela por Ciudad Rodrigo. Había, pues, muchas probabilidades de interceptarles la vía de la mar. Por lo tocante al antiguo ejército de Castaños, que se hallaba retirado en Cuenca, sobrabanle fuerzas al mariscal Víctor teniendo las divisiones francesas de Ruffin y Villatte, la división alemana de Leval y los dragones de Lahoussaye, para frustrarle cualquier tentativa, dado que se arrojase á verficarla. Para esto quedaban las necesarias instrucciones á fin de que al primer indicio hiciese el mariscal Lefebvre un movimiento retrógrado hacia Aranjuez y Madrid.

Provistas así todas las necesidades, Napoleón, confirmado cada vez más en la opinión que había concebido acerca de la marcha de los ingleses, emprendió personalmente la marcha el día 22, después de haber encaminado su guardia en pos de las divisiones de Dessoles y Lapisse. Al partir reiteró á su hermano la orden de permanecer en el palacio del Pardo, por no creer llegado aún el momento oportuno de restituírle á los habitantes de Madrid ni de substituir el gobierno civil al militar.

Salió el 22 por la mañana de Chamartín, atravesó rápidamente el Escorial, y llegó á la falda del Guadarrama en ocasión de estar empezando la subida la infantería de su guardia. Había repentinamente cambiado el tiempo, hasta entonces delicioso, y ahora que teníamos que emprender penosas marchas forzadas nos acogía el cielo de Castilla con impetuosa ventisca. Ya parecía que la fortuna mudaba para Napoleón el gesto, porque después del sol de Austerlitz le enviaba los terribles huracanes del Guadarrama cuando más le convenía no perder un solo instante para alcanzar á los ingleses. ¿Estaba por ventura escrito que habiendo triunfado siempre contra la Europa entera coligada, no habíamos de triunfar contra la implacable Inglaterra? Viendo Napoleón arremolinada la infantería de su guardia al emboque del desfiladero, donde se atascaban asimismo los carros de la artillería, lanzó su caballo á escape y se puso á la cabeza de la columna que estaba detenida por el viento y la nieve sin atreverse á dar un paso, pues decían los naturales que no se podía pasar sin grave riesgo. Pero no era aquello obstáculo insuperable para los vencedores de los Alpes. Mandó á los cazadores de la guardia echar pie á tierra, y dispuso que rompiesen ellos la marcha en columna cerrada, siguiendo á los guías. Marchando,

pues, al frente del ejército aquellos arriscados jinetes, fueron con sus pies y los de sus caballos abriendo paso por entre la nieve á los que iban detrás: el mismo Napoleón subió á pie la montaña entre sus cazadores, apoyándose cuando estaba algo cansado en el brazo del general Savary. El frío, que era tan intenso como en Eylau, no le estorbó atravesar con su guardia el puerto. Proponíase ir á hacer noche á Villacastín, pero tuvo que quedarse en el pueblecillo de Espinar, donde se alojó en una miserable casa de postas, de las que abunda España. Las acémilas que conducían su bagaje suministraron con qué disponerle una ligera comida, que partió con sus oficiales, conversando alegremente con ellos sobre las extraordinarias aventuras que habían comenzado en la escuela de Briena sin saberse en qué pararían y quejándose de vez en cuando de sus generales de caballería, que habían estado recorriendo toda la tierra entre Valladolid, Segovia y Salamanca, por espacio de muchas semanas, sin darle aviso con tiempo de la aproximación del ejército inglés. En efecto, hubiera ignorado esta circunstancia tan importante para sus ulteriores operaciones, á no habérsela revelado unos desertores del cuerpo de Dupont con quienes la casualidad le había puesto en contacto.

Al día siguiente 23 llegó el emperador con su guardia á Villacastín; pero después de pasado el puerto, las nieves se trocaron en lluvias, y en vez de heladas tuvimos lodazales intransitables. Lo mismo se hundían nuestros soldados en las tierras inundadas de Castilla la Vieja, que dos años antes en los pantanos de Polonia. Los infantes no podían andar apenas: la artillería estaba enteramente atascada. El 24 no habíamos aún podido pasar de Arévalo. El mariscal Ney, que con dos divisiones de infantería y los dragones de Lahoussaye formaba la cabeza de la columna, aunque llevaba dos días de delantera no había podido pasar de Tordesillas.

Cansado el emperador de esperar, quiso ponerse en persona en la vanguardia para dirigir los movimientos de sus varios cuerpos, y dejó la guardia imperial y las divisiones de Dessoles y Lapisse que con él iban, para situarse en la descubierta. Llegado que hubo el 26 á Tordesillas á la cabeza de sus cazadores, recibió un parte del mariscal Soult que le llevaron desde Carrión en doce horas. Después de dejar á Asturias, y de trasladarse desde Potes á Saldaña, hallábase Soult en Carrión, teniendo á su izquierda la división de Delaborde en Paredes y los dragones de Lorge en Frechilla. Habíanle anunciado la aparición de los ingleses por entre Salamanca y Villalón, á una jornada de las tropas francesas. Tenía veinte mil infante y tres mil jinetes desde su reunión con los generales Delaborde y Lorge: estaba, pues, en situación de poderse defender, aunque sin medios para derrotar á los ingleses, cuyo número no bajaba de veintinueve á treinta mil.

Este despacho llenó á Napoleón de esperanza y de ansiedad. «Si los ingleses, respondió al mariscal Soult, permanecen un día más en su posición, son perdidos, porque yo voy á ponerme sobre su flanco.» Efectivamente, aquel mismo día entraba el mariscal Ney en Medina de Rioseco y marchaba sobre Valderas y Benavente. Napoleón mandó al mariscal Soult que persiguiese á los ingleses sin descanso si emprendían la retirada, y que si le acometían se retirase él á una jornada de marcha,

porque *cuanto más se empeñasen en avanzar, decía, tanto mejor sería para nosotros.*

Por desgracia, la fortuna que tanto había favorecido á Napoleón no quería darle la satisfacción de aprisionar á un ejército inglés entero, por más que la hubiese merecido por la destreza y la audacia de sus operaciones. El general Moore, que había llegado el 23 á Sahagún y se disponía á hacer una jornada más en busca del mariscal Soult, á quien esperaba sorprender en un estado de grande inferioridad numérica, había recibido duplicados informes: por una parte le avisaban de que en Palencia se disponía forraje en cantidad considerable para la caballería francesa; por otra parte el marqués de la Romana había recibido de las cercanías del Escorial, y le había comunicado, la noticia de que marchaban hacia el Guadarrama numerosas columnas, con el objeto evidente de pasar del Mediodía al Norte, de Castilla la Nueva á Castilla la Vieja. Con estos duplicados avisos, recibidos el 23 por la noche, dió el general Moore contraorden para que no se llevara á efecto el movimiento sobre Carrión, y resolvió esperar antes de empeñarse demasadamente. Al día siguiente, 24, aumentado el rumor de la aproximación de numerosas tropas francesas, temió que Napoleón hubiese combinado alguna maniobra en grande, y decidió al punto verificar su retirada. Había, en efecto, comenzado la misma noche del 24 por la infantería, y la continuó el 25 por la caballería y la retaguardia. Sir David Baird se había retirado al Esla por Valencia de Don Juan y el grueso del ejército en la misma dirección por el puente de Castrogonzalo. Ambos puntos de pasaje conducían á Benavente. Había al mismo tiempo suplicado el general Moore al marqués de la Romana que defendiese bien el puente de Mansilla situado en el mismo río, á fin de que los franceses no pudiesen envolverlo, lo cual equivalía á decir que se dejase sacrificar por la salvación del ejército inglés. Al levantar Moore el campo tuvo cuidado de escribir á Sevilla al gobierno español y al gobierno inglés, que si había tomado la determinación de retirarse era solamente después de haber ejecutado una maniobra de importancia y prestado á la causa española un gran servicio, puesto que con atraer á Napoleón hacia el Norte había hecho que dejase libre el Mediodía y dado tiempo á las fuerzas de las provincias meridionales para organizarse y ponerse oportunamente en línea.

Esta manera jactanciosa de presentar los acontecimientos, poco común en el general Moore, nacía del deseo de dar cierta apariencias á la triste campaña que le habían condenado á hacer. Él por su parte, á decir verdad, desde que llegó al teatro de las operaciones y tomó conocimiento de lo que valían los ejércitos españoles, sólo trató de replegarse hacia Portugal y después hacia Galicia. Su movimiento hacia el Norte, pintado como una maniobra importante dirigida á favorecer á los españoles, no tenía otro objeto que trocar su línea de retirada y llevarla de Oporto hacia la Coruña. El 26 estaba en Benavente libre ya de la red que Napoleón le había tendido, pues por un lado el mariscal Soult sólo pudo llegar para aquel día á Carrión, y por el otro el mariscal Ney sólo se hallaba en Medina de Rioseco. Los rezagos, los bagajes y los últimos cuerpos de caballería pasaron el río en la noche del 26 y en la noche

del 27 y en seguida se voló el puente, que era una de aquellas magníficas construcciones con que la monarquía dotó a la España en la época en que tuvo ministros sabios. Semejante acto fué un verdadero perjuicio y causa de sumo descontento para los españoles.

A pesar de su impaciencia para alcanzar á los ingleses, Napoleón, que había acudido á la vanguardia con sus cazadores, no pudo llegar á Valderas hasta el 28 y á las cercanías de Benavente hasta el 29. El general Moore, que llevaba un ejército fuerte aunque lento, que no sabía pelear sino después de bien nutrido, ni comer á gusto sin arrastrar en pos la balumba de un inmenso bagaje, había desperdiciado en Benavente el día 28 revisando todo el material que entorpecía su marcha. Volvía á proseguirla el 29 con una retaguardia de tropas ligeras y caballería, cuando acudieron de Valderas los cazadores de la guardia imperial con el impetuoso Lefebvre-Desnoettes á su frente, el cual tenía costumbre de arrojar sobre los españoles sin contar nunca su número y de arrollarlos por mucha fuerza que tuviesen. Guiaba cuatro escuadrones de cazadores de la guardia (1); el Esla que corre á cierta distancia de Benavente y cuyo puente de Castrogonzalo quedaba destruido, estaba engrosado con las copiosas lluvias de invierno; habiendo hallado casualmente un vado, pasó Lefebvre-Desnoettes el río con sus cuatro escuadrones, y lanzándolos al galope sobre la espalda de los ingleses comenzó á acuchillarlos; pero no había advertido que la caballería enemiga estaba reunida en masa á retaguardia, saliendo á la sazón de Benavente para cubrir la retirada. Juntaba la caballería inglesa cerca de tres mil jinetes, y moviéndose toda junta cayó sobre la nuestra, envolviéndola completamente. No perdió su serenidad el intrépido Lefebvre-Desnoettes; acometió á todos los que intentaban cortar la salida al Esla, y se precipitó con los suyos á nado para tomar la opuesta orilla, siéndole imposible mantener el campo contra tres mil no teniendo más que trescientos. Lograron ponerse en cobro la mayor parte de sus jinetes, y entre ellos el mismo caudillo, que, habiéndose lanzado al río el último, estaba á punto de ahogarse por no poderle sostener su caballo, herido de un balazo, cuando dos ingleses le salvaron haciéndole prisionero. Condujéronle al general Moore como un precioso trofeo: el general inglés tenía aquella cortesía que distingue á todas las naciones grandes: recibió con los más exquisitos miramientos al distinguido guerrero que capitaneaba la caballería ligera de Napoleón, le hizo sentar á su mesa y le regaló un magnífico sable indio. El cuerpo de batalla del ejército inglés continuó su marcha á Astorga, adonde sir David Baird había ya recibido orden de encaminarse.

Mientras el ejército inglés reducía su encargo á volar puentes, el ejército español del mando de la Romana, que se conducía como quien hace la guerra en su propio suelo, respetaba por el contrario el puente de Mansilla, que da paso al Esla más allá de León, así como el de Castrogonzalo se le daba más allá de Benavente. Aunque no menos deseoso la Romana que los ingleses de ponerse en cobro, había sin embargo dejado una

retaguardia de tres mil hombres en el puente de Mansilla. Hallábase éste cabalmente en el camino que traía el mariscal Soult yendo de Sahagún. El día mismo del percance sucedido al general Lefebvre-Desnoettes (29 de diciembre), el general Franceschi, que mandaba la caballería ligera del mariscal Soult, embistió al galope contra el puente de Mansilla, que no habían cuidado de interceptar, arrolló una línea de infantería que le custodiaba, pasó por él siguiendo el alcance á los fugitivos, atacó y derrotó á la segunda línea de infantería que estaba situada en la opuesta orilla, le quitó los cañones, hizo en ella gran carnicería, mil quinientos prisioneros, y después marchó sobre León, que obligó á dejar escampada. Quedaba superado el obstáculo del Esla por todas partes, y aunque las montañas de Galicia, cerca de Astorga, presentaban grandes y numerosos tropiezos, no obstante, la celeridad de nuestros soldados permitía alcanzar al ejército británico á menos que el suelo se hundiese bajo sus pies. Pero continuaba lloviendo, y los caminos, ya destruidos por el tránsito de los dos ejércitos de la Romana y de Moore, amenazaban hacerse intransitables.

Al llegar á Benavente Napoleón no llevaba consigo por desgracia el grueso de sus fuerzas, porque aunque el mariscal Ney, los generales Lapisse y Dessoles y la guardia imperial se hubiesen apresurado á incorporarse con él, no podían seguirle según el paso que llevaba con sus cazadores de á caballo. Hallábase en Benavente el 31 de diciembre de 1808. El mariscal Soult, que había tomado la vuelta de León, estaba mucho más cerca del enemigo. Habíale Napoleón mandado que le persiguiese sin descanso; pero eran tales los lodazales, que los soldados se metían en ellos hasta media pierna.

El día 1.º de enero de 1809, año destinado á ser no menos fecundo en sangrientas escenas que los más mortíferos del siglo, corría con siete u ocho mil jinetes hacia Astorga el mariscal Bessieres, precediendo á Napoleón, mientras el general Franceschi, que precedía al mariscal Soult, acudía al mismo punto por la vía de León. Llegó á su destino aquel mismo día al anochecer. No es posible formarse una idea exacta del desorden que ofrecía aquel camino y sobre todo aquella población. A pesar de las vivas instancias que el general Moore había dirigido al marqués de la Romana á fin de que le dejase expedita la vía de Astorga á la Coruña y fuese á guarecerse en Asturias para molestar por el flanco derecho á los franceses, el general español no había hecho caso, y había preferido tomar él también el camino de la Coruña, por parecerle Galicia más segura que Asturias como más distante y mejor defendida por sus montañas. Habíanse, pues, encontrado en el camino de Astorga los dos ejércitos inglés y español, tan diversos en costumbres, en espíritu y en aspecto, y mutuamente se molestaban por haberse acumulado las reliquias de uno y otro. Veíanse por doquiera españoles desarraigados, detenidos, no por el cansancio sino por los sablazos que habían recibido de nuestros jinetes; ingleses que no podían dar un paso, embriagados la mayor parte; carros en gran número, tirados por bueyes y cargados, ya de andrajos de los naturales, ya de costosos pertrechos de los ingleses. Muchos prisioneros y mucho botín podíamos haber hecho, pero nuestros sol-

dados estaban embargados por el penoso espectáculo que ofrecían los muchos y soberbios caballos que hallaban en el camino muertos á balazos. Tenían costumbre los jinetes ingleses de apearse en cuanto conocían que sus caballos estaban cansados, dispararles un pistoletazo en la cabeza y continuar el camino á pie, prefiriendo deshacerse de su compañero de batalla á que se sirviese de él su enemigo. Esta especie de heroísmo no se hubiera jamás logrado de los nuestros. Todas las viviendas del camino estaban devastadas, porque cuando los ingleses no veían á los habitantes dispuestos á darles lo que pedían, al punto, motejándolos de ingratos, lo pillaban y en seguida incendiaban las casas, dejándose muchas veces ellos mismos morir embriagados entre las llamas de que eran autores. «¡Ingratos nosotros, respondían los míseros españoles, cuando ellos vienen por su interés y se marchan sin defendernos siquiera!» A tal punto llegaron las vejaciones, que éstos miraban casi á nuestros soldados como sus libertadores.

Este cuadro aparecía en Astorga con más negras tintas aún que en los demás puntos. El material abandonado por los ingleses era cuantiosísimo, el número de los enfermos y rezagados había crecido proporcionalmente á las distancias recorridas. El general Moore había circulado una proclama enérgica y llena de honradez con objeto de reprimir el merodeo, el pillaje y la intemperancia, sin conseguir el menor resultado; de manera que aquel ejército, sólo sostenido por la disciplina, una vez relajada ésta por la precipitación y las fatigas, perdía todo lo que le hacía respetable. A falta de la indecible satisfacción de hacerle todo en masa prisionero, no podía para nosotros haber satisfacción mayor que verle sumergido en tal desorden, en tal abatimiento, miseria é indisciplina, después de haber ostentado tan exquisita regularidad y entereza.

Siguiendo de cerca á su vanguardia, entró Napoleón en Astorga al día siguiente, 2 de enero. Acababa de recibir en el tránsito un correo procedente de Francia y había querido enterarse en el camino de los despachos que le traía, para lo cual se encendió en el vivac una gran fogata, á cuya luz abrió los pliegos. Anunciábanle éstos lo que estaba esperando hacía mucho tiempo; á saber: la probabilidad de una guerra formal con el Austria para la próxima primavera. Las inteligencias que habían mediado entre esta potencia y la Inglaterra, disimuladas al principio mientras el Austria había tenido que encubrir lo que proyectaba; sus armamentos, negados y aun en cierto modo suspendidos mientras había tenido recelo de que las tropas del grande ejército pudieran caer precipitadamente sobre el Danubio, eran ya cosa paladina y pública desde que aquel imperio veía empeñada en lo interior de la península española la parte mejor y más considerable de las fuerzas de Napoleón. Engañábase por cierto figurándose que la parte que le quedaba entre el Elba y el Rhin no era bastante para derrotarla, como se lo iba á demostrar en breve una terrible experiencia. Pero después de haber malogrado la ocasión de hallarse los franceses empeñados en el Vístula, no quería desperdiciar además la que le ofrecía el hallarse empeñados en el Tajo, y hacía sus armamentos con tanta evidencia que ya no cabía la menor duda acerca de sus designios. Al mismo tiempo los negocios tomaban aspecto sombrío en Oriente. No era ya

posible obtener de los turcos por medio de negociaciones pacíficas lo que se había prometido á la Rusia; además, la Rusia, siempre fiel hasta entonces á la alianza estipulada mediante la concesión de las provincias del Danubio, siempre hasta entonces oficiosa en el propósito de que el Austria no expusiese á la Europa á un nuevo sacudimiento, ya no demostraba el mismo entusiasmo por la alianza francesa, desde que había desaparecido la parte fantástica que tanto halagaba á Mr. de Romanzoff y al mismo Alejandro, y en vez de la adquisición de Constantinopla no quedaban en perspectiva más que Bucharest y Jassy. No era ésta poco ventajosa por cierto, puesto que ya han transcurrido desde entonces cuarenta años y aún no vemos á la Rusia dueña de estas dos capitales; pero de todos modos tenía á los ojos de aquéllos el inconveniente de ser una realidad y no un prodigio. Repetía la Rusia sin cesar que si el Austria se hacía agresora, ella se uniría á los franceses para escarmentarla; pero sus protestas no se producían ya con el calor y la viveza de antes; y aunque sus demostraciones fueran sinceras, demasiado tendría que hacer la Rusia en el Danubio inferior para no dejar exclusivamente el superior á los franceses, y bien podía Napoleón estar seguro de que había de soportar él solo, lo mismo que en la época pasada, todo el peso de la contienda con el Austria, la Alemania y la Inglaterra. Tenía, pues, que emplear los meses de enero, febrero y marzo en disponer sus ejércitos de Alemania é Italia, tiempo en verdad no sobrado, pero bastante, atendida su maravillosa facultad organizadora. Continuó, pues, pensativo su viaje á Astorga, advirtiendo todos los que le acompañaban su visible mudanza.

En cuanto llegó á Astorga cambió todos sus planes. Sin renunciar al proyecto de hacer perseguir á los ingleses sin descanso, renunció á perseguirlos en persona. Confió este encargo al mariscal Soult, que, habiendo tomado el camino de León, se hallaba más próximo de Astorga que el mariscal Ney, el cual marchaba por Benavente. Puso bajo sus órdenes las divisiones de Merle y Mermet, que ya habían llegado allí, y las divisiones de Delaborde y Heudelet, que componían el cuerpo de Junot y que acababan de reunirse. La división de Bonnet, formada de regimientos provisionales, había quedado en Asturias. Pero la división de Merle (antes de Moutón) y la división de Mermet eran excelentes. En las dos divisiones de Delaborde y de Heudelet se había refundido el cuerpo entero de Junot, que con su postrera campaña en Portugal estaba aguerrido y en excelente pie. La división de Heudelet quedaba aún algo atrás; pero la de Delaborde se había incorporado con el mariscal Soult, de modo que éste tenía á su disposición tres arrogantes divisiones de infantería que juntaban cerca de veinte mil combatientes. Agrególe Napoleón además los dragones de Lorge y de Lahousaye, que con la caballería de Franceschi componían cuatro mil jinetes. Reforzado con la división de Heudelet, iba á tener el mariscal Soult treinta mil hombres, pero hasta el presente sólo disponía de veinticuatro mil. Debía apoyarle en caso necesario el mariscal Ney á la cabeza de las divisiones de Marchand y Maurice-Mathieu. Mandó Napoleón al mariscal Soult que persiguiese á los ingleses con todo ahínco, y no perdonase medio de estorbarles el embarco.

(1) Nuestros historiadores suponen que llevaba seiscientos jinetes.
(N. del T.)